



## CAPÍTULO I



La familia Dashwood llevaba tiempo establecida en Sussex. Tenía un gran patrimonio y residía en Norland Park, en el centro de sus tierras, donde durante muchas generaciones había vivido de manera tan respetable que gozaba de la buena opinión general de la vecindad. El señor de estas propiedades era un soltero muy anciano quien, durante gran parte de su vida, halló en su hermana una fiel compañera y ama de llaves cuya muerte, diez años antes de que él faltase, produjo un gran cambio en su casa, pues, para compensar su pérdida, invitó a su morada a la familia de su sobrino Henry Dashwood, legítimo heredero del patrimonio de Norland y la persona a la que tenía la intención de legarlo. En compañía de su sobrino, su sobrina y sus hijas, los postreros días del anciano caballero fueron apacibles. El afecto que sentía por ellos fue creciendo. Las atenciones constantes de Mr. y Mrs. Dashwood a sus deseos —que surgían no de un mero interés, sino de la bondad de su corazón— lo acompañaron de la mejor manera posible para su edad y la alegría de sus hijas añadió deleite a su existencia.

Mr. Henry Dashwood tenía un hijo de un matrimonio anterior; de su esposa actual, tres hijas. Al hijo, un joven muy respetable, no le faltaba de nada gracias a la fortuna de su madre, que no había sido precisamente modesta, cuya mitad recibió en cuanto alcanzó la mayoría de edad. Cuando él mismo contrajo matrimonio, algo que sucedió al poco tiempo, aún aumentó más su riqueza. Por tanto, para él, recibir la heredad de Norland no era tan importante como para sus hermanas, cuya fortuna, dejando a un lado lo que tal vez recibirían por la herencia del padre, era modesta. Su madre no tenía nada y su padre solamente siete mil libras; puesto que lo que quedaba de la fortuna de su primera mujer era también para el primogénito, a él solo le correspondía el usufructo.

El anciano caballero falleció; se leyó su testamento y, como pasa con casi todas las últimas voluntades, trajo tantas alegrías como decepciones. No fue ni tan injusto ni tan desagradecido como para no dejar la heredad al sobrino, pero se la legó en tales términos que fue como si destruyese la mitad de su valor. Mr. Dashwood deseaba esos bienes más para su mujer y sus hijas que para él o su primogénito; pero el anciano legó parte del patrimonio directamente a su hijo y a su nieto, un niño de cuatro años, de manera que él se vio incapaz de proveer a quienes más quería y a quienes más necesitaban de su ayuda, bien con algo que diese la heredad o con la venta de alguno de sus valiosos bosques. Todo el patrimonio quedó vinculado en beneficio de aquel niño, quien, en sazón de las ocasionales visitas con su padre y su madre a Norland, se había ganado, con mucho, el afecto de su tío gracias a encantos nada inusuales en criaturas de dos o tres años —como su pronunciación imperfecta, la tozudez de querer salirse siempre con la suya, sus múltiples artimañas y la gran cantidad de ruido que hacía—, con lo que había eclipsado las atenciones que, durante años, había recibido de su sobrina y sus hijas. No obstante, como no quiso ser desagradecido, y en señal de afecto por las tres muchachas, le dejó mil libras a cada una.

En un primer momento, la decepción de Mr. Dashwood fue honda, pero tenía un carácter alegre y optimista, por lo que albergaba la esperanza razonable de vivir muchos años y, si se conducía de manera frugal, de apartar una considerable suma gracias a los rendimientos de una heredad considerable que se veía capaz de mejorar de manera casi inmediata. Pero aquella fortuna, que llegó tan tarde a sus manos, fue suya solo doce meses. No le sobrevivió más a su tío, así que diez mil libras, entre las que se contaba lo heredado del anciano tío, fue lo único que les quedó a su viuda e hijas.

Mandaron llamar al primogénito en cuanto se supo que la vida de Mr. Dashwood corría peligro, y este le encomendó, de manera tan encarecida y apremiada como le permitía la enfermedad, velar por los intereses de su madrastra y sus hermanas.

Mr. John Dashwood no albergaba los fuertes sentimientos del resto de la familia, pero la naturaleza de aquella petición en semejante coyuntura le afectó y prometió hacer cuanto estuviera en sus manos para que ellas llevasen una vida cómoda. Su palabra aplacó al padre y, en lo sucesivo, el heredero tuvo tiempo para meditar qué podría hacer por ellas de forma prudente.

No tenía mal fondo, salvo que tener un corazón bastante frío y ser bastante egoísta signifique tener mal fondo, y en general era un hombre respetado, ya que se comportaba con propiedad al despachar sus obligaciones. Si se hubiese casado con una mujer más digna de estima, quizá aún lo habrían respetado más, incluso hubiese despertado él más estima, pues se casó muy pronto y enamorado de su esposa. Sin embargo, ella era toda una caricatura de su marido, aún más estrecha de miras y más egoísta.

Cuando él le hizo aquella promesa a su padre, pensó para sus adentros en aumentar la fortuna de sus hermanas con un regalo de mil libras para cada una. En aquel momento, se sintió verdaderamente dispuesto a hacerlo. La perspectiva de una renta de cuatro mil libras anuales, además de los ingresos de los que ya disponía, así como la mitad restante de la fortuna de su madre, le ablandaron el corazón e hicieron que se sintiera capaz de ser generoso. «Sí, les daré tres mil libras, ¡un gesto espléndido, generoso! Con esa cantidad bastará para que vivan con holgura. ¡Tres mil libras! Podría ahorrar una suma tan considerable sin apenas inconvenientes». En esas estuvo todo el día y los días siguientes, y no se arrepintió.

En cuanto acabaron las exequias de su padre, Mrs. John Dashwood, sin avisar de sus intenciones a su suegra, llegó a Norland Park con su hijo y sus sirvientes. Nadie podía rebatirle el derecho a presentarse allí; desde el fallecimiento del padre, la casa era de su marido, aunque la falta de tacto fue enorme y, para una mujer en la situación de la viuda Dashwood, aun con solo una sensibilidad común, hartó desagradable; aunque para *ella*, con un sentido del honor tan arraigado y una genero-

sidad tan quimérica, cualquier ofensa de esa clase, fuera quien fuere quien la causara, era una fuente de acérrimo disgusto. En la familia del marido, nunca tuvieron a Mrs. John Dashwood en alta estima, pero hasta el momento, la mujer no había tenido ocasión de demostrarles lo desconsiderada que podía ser con respecto a la comodidad de los demás, cuando era menester.

A la viuda Dashwood la hirió tanto aquella grosería y tanto despreciaba a su nuera por ello que, al llegar esta, habría abandonado la casa para siempre de no ser por los ruegos de su hija mayor, que la indujo a reflexionar sobre lo inadecuado que sería marcharse, y por el gran amor que sentía por sus tres hijas; así, decidió quedarse y evitar, por ellas, romper la relación con el hermano de las muchachas.

Elinor, la mayor, cuyos consejos resultaban de lo más efectivos, era de vivo intelecto y juicio sereno, rasgos que, a pesar de tener diecinueve años, la convertían en la consejera de su madre y permitían que, a menudo, contrarrestara —para beneficio de todas— la intensidad de los sentimientos de la señora, que, por lo general, resultaban en acciones imprudentes. Elinor tenía un gran corazón; un carácter afectuoso y fuertes sentimientos, pero sabía cómo gobernarlos, cosa que su madre aún tenía que aprender y que una de sus hermanas había resuelto que no le enseñaran jamás.

Las cualidades de Marianne eran, en muchos sentidos, bastante similares a las de Elinor. Era sensible y aguda, pero se entusiasmaba con todo: en sus penas y dichas no había moderación que valiese. Era generosa, interesante, digna de estima, todo menos prudente. El parecido entre ella y su madre era más que reseñable.

Con preocupación, Elinor veía que su hermana era exageradamente sensible, un rasgo que su madre valoraba y apreciaba. En aquellos momentos, se fomentaban mutuamente la intensísima aflicción que sentían. De forma intencionada, renovaban, buscaban, creaban una y otra vez la agonía del duelo que se había apoderado de ellas. Se entregaban por completo a su pena, buscaban aumentar su desdicha en cada re-

flexión que pudiese entristecerlas y se declararon inconsolables, para siempre. Elinor también estaba muy afligida, pero aún podía luchar y esforzarse. Fue capaz de conversar con su hermano, de recibir a su cuñada y tratarla con todas las atenciones que correspondían; también se afanó en convencer a su madre para que también pusiera de su parte, para que demostrase una templanza pareja.

Margaret, la tercera hermana, era una muchacha alegre y de buen carácter, pero como ya había absorbido buena parte de las fantasías de Marianne —sin tener mucho de su sensatez—, a sus trece años, nada parecía apuntar a que, de mayor, fuese a igualar a sus hermanas.